

Esa justificación hipócrita y denunciada muchas veces por los trabajadores será la base de la política represiva. El gobierno sabe que en ese mismo momento estará planteando la primera etapa del recrudescimiento en la tensión y las condiciones de una virtual guerra social.

HECTOR VEGA TAPIA

Una carta sin respuesta

DESPUES de oír declaraciones formuladas por el senador Raúl Ampuero Díaz, y de leer íntegramente la carta que el senador Salvador Allende, dirigió al primero, mi conciencia de socialista militante me ha decidido a expresar mi opinión, que por modesta que sea refleja el sentir de miles de hombres y mujeres de nuestro querido Chile que observan con tristeza que el socialismo se divida y que ello ocurra a través de hombres que fueron sus mejores conductores.

Por sobre los hombres por importantes que sean, está el ideario político maravilloso que es para el pueblo todo, la existencia del Partido Socialista.

Así como la palabra revolución no ha tenido ni tendrá jamás apellidos —y esto el pueblo lo intuye perfectamente—, así el socialismo jamás podrá tenerlos. Se es o no socialista, se es o no marxista.

La carta de Allende, que no tuvo respuesta por descortesía o por inestabilidad emocional del destinatario, contiene planteamientos muy serios y profundos con relación a la lucha emancipadora del imperialismo yanqui, en la cual todos los militantes y simpatizantes de los movimientos de avanzada estamos, en una forma u otra, comprometidos.

¿Acaso en el siglo pasado los grupos dirigidos por O'Higgins, San Martín, Bolívar, Sucre, y tantos otros, no se unieron en un ideal común de libertad política? También en esa hora hubo caudillos como Carrera que no aceptó tal actitud unitaria y produjo grupos antagónicos.

La carta aludida plantea concreta y tajantemente al senador Ampuero que por la unidad del Partido Socialista, pieza fundamental del FRAP, se debe sacrificar cualquier posición personal o de grupo y le hace ver que se está jugando el destino de la revolución antimperialista, y lo insta a meditar patrióticamente sobre estas trascendentes materias. Y en un gesto que lo enaltece, Allende le ofrece renunciar a cualquier actividad en el Partido e incluso a renunciar también a cualquier posible postulación presidencial a priori.

Ese gesto de Allende tiene el sello de un hombre que es desde mucho el líder indiscutible de la Izquierda y que ha alcanzado estatura continental. ¡Esa actitud de Allende, muchos verdaderos socialistas no la olvidaremos jamás!

Como en todo partido marxista debe existir una disciplina interna y externa muy firme, si ésta se pierde, el partido pierde su condición de tal. Viene el caos y la angustia y desesperanza para el modesto militante que lee día a día expresiones como ésta en los diarios: "rebelión de Arica a Magallanes en el socialismo". Del problema interno del Partido, el militante o simpatizante poblador u obrero sólo conoce declaraciones y contradecimientos que se hacen por prensa y radio. ¿Qué estragos producirán en los millares de campesinos, mujeres y obreros sin instrucción política que miraban al Partido como el defensor más decidido y auténtico de su clase, ante el engaño, hambre y desocupación que día a día golpea en sus modestos hogares? Esto me da una pena inmensa. ¡Tan to que soñaron no ser más pasto del engaño sistemático, sobre todo en el momento actual, que si alguna ayuda les llega no es solidaria, sino aquella con espíritu de limos.

na entregada por falsos cristianos que explotan la fe que en ellos existe!

Uno de los días más emocionantes de mi vida y que me quebró como a muchos frente a lo irreparable, fue cuando acompañamos al inolvidable c. Salomón Corbalán González hasta el cementerio, y oímos en la rotonda, el homenaje preñado de lágrimas de todos los dirigentes allí presentes y a ese sencillo campesino que dijo: "Compañero Salomón, nos dejaste ahora que más te necesitábamos, tú nos enseñaste muchas cosas, viviste con nosotros en nuestras chozas durante semanas, noches y días nos defendiste del patrón... ¿Quién nos defenderá ahora?" Palabra que yo lloré como un niño y muchos otros también. Ahí se encontraban Salvador Allende, Raúl Ampuero, Aniceto Rodríguez, Eugenio González, entre tantas figuras del Partido.

¡Qué hermoso ejemplo dejó ese gigante socialista, caído en la lucha por sus camaradas campesinos! Yo miraba a mi alrededor y me decía: ¡Qué grande es el Partido!, y que orgullo sentía de ser socialista.

Esto que yo sentí en esos instantes dramáticos, creo que también lo sintieron muchos porque ante la desgracia uno se une más a los suyos; todos esos recuerdos de nada han valido para ayudar a serenar los espíritus de los que de una u otra forma han destruido el Partido por el cual murió recientemente, sólo ayer, el gran Corbalán González. ¡Unos se han ido dando su vida por su ideal y su partido, dejando un ejemplo impecable para las generaciones que vienen! En cambio otros se van de él sin dejar nada.

Por mi parte seguiré siendo hasta mi muerte socialista, idealista y, tal vez, ingenuo, pero sin apellidos y sin caudillos.

¡Los hombres desaparecen, sólo la idea perdura!

Hugo Dreckmann Wittig

Carnet de militante

Nº 19.013, año 1960, extendido por el entonces Secretario General Raúl Ampuero Díaz.